

Muñagorri, su exposición a Don Carlos, su Proclama y sus famosas coplas de propaganda: «Bertso Berriak»

por Antonio M.^a LABAYEN

Hace ya mucho tiempo que venía fijándome en la personalidad del discutido escribano y empresario berastegiuarra D. José Antonio de Muñagorri.

Mi interés hacia su figura iba en aumento a medida que, a través de mis lecturas e investigaciones, fui comprobando que, la actuación del famoso personaje, no era examinada con el detenimiento e imparcialidad que merece por el importante papel que desempeñó en las postrimerías de la primera Guerra Carlista; y en los acontecimientos que se sucedieron, principalmente en nuestra tierra guipuzcoana, al finalizar aquella contienda.

Recuerdo haberle insinuado en alguna ocasión a nuestro inolvidable amigo José de Arteche, la oportunidad de escribir una biografía de Muñagorri, género para el que tenía predilección y nos mostró gran competencia.

«No me queda tiempo para ello», fue su respuesta, presintiendo, sin duda su prematura muerte. Y tratando de suplir lo que hasta ahora no se ha realizado, y aun persuadido de mi insuficiencia para llevar a término dicha labor, creo me será perdonado el aportar mi modesta contribución al estudio del tema propuesto.

Tengo que declarar que invitado por amigos y centros culturales he dado ya dos conferencias exponiendo parte de los datos y circunstancias que sobre Muñagorri he ido recogiendo. Los restantes hasta completar, en lo posible su figura, quisiera publicarlos en un libro-ensayo que tengo en preparación.

En el presente artículo no voy a entrar en consideraciones ideológicas acerca de lo que significó aquella primera Guerra Carlista;

ni a discutir el fundamento de las tesis en pugna; y menos aún detallar sus aspectos bélicos.

Sabido es de todos que, iniciadas las hostilidades a la muerte de Fernando VII entre los partidarios de los derechos de su hija Isabel al trono, y los defensores de su hermano Carlos-Isidro pretendiente de la misma corona, lo cierto es que la guerra se prolongó, lamentablemente y con especial virulencia en las provincias vasco-navarras.

Tras los éxitos iniciales de Zumalacárregui, seguidos de su inesperada muerte en junio de 1835, la guerra fue estancándose. Llegando a un punto muerto del que no era fácil arrancarlo por carencia de los necesarios medios. Largos e interminables fueron aquellos aciagos años 1835, 36 y 37 que en crueldad no aportaron una decisión definitiva.

En ese interregno incidieron inviernos rigurosos y temporales de fríos y lluvias que paralizaban las operaciones militares. Pero esos momentos de relativa calma no mitigaban el sufrimiento de los soldados y de la población que padecieron las miserias de la guerra con todo su cortejo de odios, angustia y privaciones.

Que el cansancio cundía y el País, en general, ansiaba el final de la guerra lo veían todos. Era un anhelo sentido en todas las esferas sociales tanto populares como burguesas; tanto civiles como militares.

Tan sólo los elementos directores y altos jefes comprometidos en ambas causas y persiguiendo una ilusoria victoria se resistían a una paz de compromiso. Nadie osaba dar un paso en ese sentido por temor a las consecuencias y a ser tildado de traidor en su propio campo.

El primero que con decisión y valentía se atrevió a ello fue D. José Antonio de Muñagorri. Así nos lo hace saber con acierto el ilustre letrado donostiarra D. Jaime de Egaña en su meritorio «*Ensayo sobre la Naturaleza y Trascendencia de la Legislación Foral de las Provincias Vascongadas*» (Madrid 1850).

Guipuzcoano amante de su patria, fue el primero que concibió la idea de «pacificar el País con el aliciente de la conservación de los Fueros».

Cómo intentó convertir su convencimiento en realidad y la forma en que procedió para llevarla a cabo vamos a exponerla con la brevedad posible.

Desde luego, después de haber madurado su plan lo sometió, reservadamente, a consulta a amigos de los dos campos en lucha.

Se sabe, por informes fidedignos de historiadores carlistas que se entrevistó con el general alavés Villarreal y con otros jefes de la Junta Carlista que residía en Iturmendi (Navarra). No hay que olvi-

dar que Muñagorri, domiciliado en Berástegui, es decir, a la sazón en zona carlista, y siendo suministrador de su intendencia, tenía libre acceso a las autoridades del pretendiente.

Además, en su calidad de escribano real público tampoco interrumpió del todo sus relaciones con sus amigos del campo liberal al que estaba más inclinado por sus ideas. Por lo tanto, no le era difícil ponerse en contacto con todos ellos en su calidad de no beligerante, y obró en esa forma en toda ocasión propicia. De esos contactos pudo comprobar el deseo de paz, las ansias de terminar la guerra que en ambos campos se respiraba. Pero también pudo persuadirse de que el alto mando carlista no cejaría en su empeño de lograr una victoria militar.

Contra esa obstinación no había otro remedio que el de mermar su fuerza atrayendo a sus voluntarios vascos a la desertión de sus filas con la oferta firme de la conservación de los Fueros. Esta fórmula era también del todo grata a los liberales moderados guipuzcoanos.

Con estos propósitos en su mente Muñagorri emprendió con discreción y sigilo su viaje a Madrid. Era en pleno invierno, a principios del año 1837 apenas pasadas las fiestas navideñas. El itinerario que siguió negociador a través de las líneas carlistas no nos consta. Pero tampoco le sería muy dificultoso. Esquivar las columnas de los combatientes cuya situación era conocida no ofrecía un gran obstáculo. Acaso lo más penoso era el viajar a caballo o en diligencia por los campos desiertos de Aragón y Castilla expuesto al rigor de la estación y al peligro de los maleantes que infestaban los caminos que conducían a la Villa y Corte. Felizmente arribó a ella Muñagorri y vamos a relatarlo tal como lo trae D. Joaquín Ignacio Mencos, Conde de Gendulain, en sus MEMORIAS.

Tras de afirmar que un viaje era entonces una empresa arriesgada prosigue así: «Hallándome en Madrid a principios de 1837, en mi cuarto se presentó una persona cuya presencia me sorprendió. Era un tal Muñagorri a quien conocía desde 1832 por ser yo de la comisión encargada de proyectar y dirigir un camino real de Irurzun a Vitoria, obra que desempeñó *con celo y puntualidad.*»

Más adelante, en la página 137, añade: «Era un escribano activo, inteligente y emprendedor que se hallaba estrecho dentro de los límites de su oficio y se había procurado una fortuna regular.» La guerra había paralizado todas las obras públicas y en semejante situación su *buen deseo y recta intención*, su amor al País le inspiraron la idea de intentar una pacificación. «Viendo en su desgraciado País Vascongado toda clase de lástimas y desventuras y un gran deseo de poner término a tan dolorosa situación, había concebido la

idea de presentar una bandera que fuese como fórmula para la resolución de tan sangriento problema. La fórmula se hallaba en los Fueros. Era indispensable presentarse a la persona del Gobierno que creía con más talento para emprender y poner en acción este pensamiento.

A petición suya le puse en relación con el conde de Toreno, y fue la última vez que vi a Muñagorri.»

El texto es harto expresivo y encomiástico para Muñagorri y no precisa de comentarios. Queremos hacer notar, solamente, que fue a principios del año 1837 y no antes cuando Muñagorri realiza su primer viaje a Madrid para gestionar el logro de su plan de PAZ y FUEROS, a pesar de que Pirala y algunos otros cronistas han adelantado la fecha al año 1835. Ello resulta inverosímil ya hubiese sido conocido el hecho en el campo carlista y Muñagorri no hubiese podido ejercer sus actividades de empresario y escribano, cargo este último del que no fue destituido por el ministro de Justicia carlista Abarca hasta mayo de 1838, o sea, hasta después de haber lanzado su proclama y pronunciamiento en Berástegui.

Hemos de suponer que su viaje a Madrid en 1837 no trascendió, ni sus conversaciones con el Gobierno de la reina que no se divulgaron plenamente hasta el año 1838.

En cambio, el plan concertado con el conde de Toreno sí empezó a surtir efectos muy pronto. Teóricamente el Gobierno, y con propósito más o menos sincero, deliberó y accedió a proponer la conservación de los Fueros como garantía de paz. En este sentido dictó y ordenó a Espartero su proclama en mayo de 1837 a la que se avino después del duro castigo sufrido en Oriamendi por las tropas de la reina que sin la ayuda de la legión inglesa de Lacy Evans se hubiese convertido en estrepitosa derrota.

El alto mando carlista reaccionó con violencia contra la proclama de Espartero, previendo que la promesa de conservación de los Fueros que en ella se contenía presentaba un grave peligro para la causa de D. Carlos.

No admitían que nadie les arrebatase esa bandera. Y enardecidos por su éxito anterior a las puertas de Donostia, y con nuevos refuerzos acometieron con furia en septiembre de aquel mismo año de 1837 en Andoain y Urnieta al mando del general Uranga que batió brillantemente a las tropas de O'Donnell quien estuvo a punto de caer prisionero. Pero esa victoria tampoco fue decisiva y transcurrió otro invierno de paralización con características cada vez más graves.

Esos meses y la gravedad de la situación sirvieron a Muñagorri para reflexionar y preparar el plan que le conduciría al pronunciamiento del 18 de abril de 1838 en Berástegui al que se veía forzado

por el fracaso de las tentativas de pacificación intentadas hasta entonces.

Consciente de la enorme responsabilidad que asumía y antes de arrostrar el arriesgado paso redactó los dos importantes documentos que copiamos a continuación. El primero es la exposición que Muñagorri dirige al infante D. Carlos, concebida en los siguientes términos:

SEÑOR.

«La felicidad de mi país, la felicidad de España, me han prescrito un deber sagrado. Ambas me impelen a buscar los medios de poner término a la guerra civil, a esta plaga que todo lo destruye sin objeto ninguno y sin escuchar la voz de la clemencia. Treinta mil familias han desaparecido de nuestro suelo, y otras cien mil se hallan reducidas a la más horrorosa miseria.

Esta desolación, estas desgracias nos han venido por vos. Estos desastres desgarran el corazón de todo buen español. Yo me siento llamado a llenar la importante misión de sustraer a mi país a los horrores de la guerra. ¿Lograré llevar a cabo este noble proyecto? La muerte será la única que pueda oponérseme a ello; pero yo la arrostraré.

V.A.R. conocerá fácilmente que le es preciso salir de estas provincias. Vos y vuestros consejeros las habéis convertido en un desierto; habéis sembrado en ellas el luto y hacinado a montones los cadáveres. Abandonadlas pues, cuanto antes. Si en ellas tenéis amigos que os sigan, enhorabuena. Si tenéis derechos a la corona de España, nosotros no nos oponemos a ello; pero sabed que esta no es una guerra de personas y que nosotros navarros y vizcaínos no hemos reconocido jamás otros reyes que nuestros fueros y nuestros privilegios.

¿Vos queréis reinar? Marchad pues a las provincias que os pueden reconocer por rey; pelead con auxilio de los hombres que os creen con derecho al trono. Que decida la espada entre vos e Isabel, entre vos y todos los demás pretendientes; pero no contéis más, en adelante, con los esfuerzos de las provincias exentas.

Demasiada sangre se ha derramado para alimentar las plantas parásitas que os rodean. Renunciad a la esperanza de sofocar el grito de independencia que ha proferido mi boca; mi voz es la de todos mis compatriotas: mi voluntad es la suya.

Nuestros valles y nuestros montes repetirán nuestros juramentos.

Abandonad el suelo de Navarra: marchad señor: nosotros queremos paz; queremos disfrutar de un día de descanso. Llevad a otra

parte vuestras máximas de destrucción pero no olvidéis que la justicia divina castiga a los príncipes como a los hombres más ínfimos de la sociedad.

Dios guarde a V.A.R. muchos años.

Cuartel general del ejército independiente. En Verástegui, 19 de abril de 1838. Firmado: J. A. de Muñagorri. A. S. A. el infante D. Carlos.»

Documento, en verdad dramático, solemne y de gran dureza para D. Carlos a quien insta a que abandone el País. En apoyo de su demanda, Muñagorri no podía desgraciadamente esgrimir sino una precaria fuerza. Por lo tanto nos resulta ampuloso y exagerado el título que se adjudica de jefe del cuartel general del inesistente ejército independiente, compuesto de unas docenas de operarios de sus ferrerías y minas, reforzados carboneros, arrieros y trabajadores del contorno.

El segundo documento al que nos hemos referido es la breve proclama que dirige a sus paisanos encabezada así:

«NAVARROS Y GUIPUZCOANOS:

«Hace cinco años que la desolación y la muerte pesa sobre nuestra patria. La sangre vertida en nuestros campos es la sangre de nuestros hermanos, de esos valientes, que seducidos y engañados por intrigantes, combaten por un príncipe, cuyos derechos a la corona de España son muy dudosos. ¿Qué pedís? ¿Por qué combatís? ¿Por quién? «¡PAZ Y FUEROS!» Tal debe ser nuestro objeto. ¡Si ambiciosos desean el trono, allá se las hayan!

La Navarra, las provincias vascongadas, unidas por tantos vínculos de amistad, de sangre, de costumbres, de libertades, son desde ahora independientes. Desde hoy no somos ya los esclavos de esos miserables acostumbrados a mandar como señores y a enriquecerse a expensas de los pobres.

¡A las armas! ¡Viva la independencia! ¡Paz! ¡Libertad! ¡Obediencia a las nuevas autoridades! Berástegui 1838. El comandante general jefe de la independencia. MUÑAGORRI.»

Esta soflama no deja de tener garra por su apelación al espíritu de hermandad vasco y su prurito de independencia se refiere a esa tercera fuerza que propugna Muñagorri para alcanzar su objetivo de PAZ y FUEROS.

Son documentos a los que han aludido los historiadores que no habíamos tenido ocasión de leerlos en su integridad a pesar de haberlos buscado con verdadero empeño. Esta vez la suerte nos ha sido propicia; y en una reciente visita a Madrid, y con tiempo para revisar bibliotecas y otros fondos documentales, en colaboración con

el perspicaz escudriñador de archivos mi caro familiar Jesús Elósegui, hemos podido encontrar cartas, papeles y reseñas periodísticas de las actividades de Muñagorri que aquí son desconocidas.

Transcritos los dos citados documentos no precisan mayor comentario ya que son de por sí suficientemente elocuentes para valorar el alcance y trascendencia de la gesta iniciada por Muñagorri aquel 18 de abril de 1838.

Realizado el pronunciamiento, propagar su programa y captar adictos a su bandera «neutral» y simbólicamente «blanca» en signo de paz, a falta de otros medios de comunicación, se valió de los «Bertso Berriak» o coplas llamadas de «Muñagorri'ren Kantak», que se divulgaron y cantaron en los pueblos y entre los batallones carlistas, principal objetivo de su propaganda.

Esas coplas, en número de 20 estrofas, fueron publicadas en el libro de Francisque Michel «Le Pays Basque» (París 1857). El año 1963, el Dr. Angel Irigaray en su libro «Poesías populares de los Vascos» (Editorial Auñamendi, San Sebastián) recogió esos «*Cantares de Muñagorri*» con versión castellana muy fiel y ajustada al texto original.

Hoy tenemos la satisfacción de poder ofrecer a los lectores 17 nuevas estrofas de aquellas coplas que han aparecido en la biblioteca de los herederos del conde Villafuertes y nos han sido facilitadas gracias a la atención de nuestro querido amigo e historiador D. Federico de Zavala a quien expresamos nuestra gratitud. Por no haber sido publicados hasta la fecha en libro alguno las transcribimos copiadas de la hoja de «*Bertso Berriak*» en que están impresas y que descubren la factura tipográfica de la Casa Baroja de aquella época.

MUÑAGORRI'REN KANTAK

II

Pakea ta fueroak
da gure bandera,
Gure anai maiteak
atozte onera,
Nafarrak, alabesak,
Giputz, bizkaitarrak,
atozte guregana
gazte eta zarrak.

Gerran asi giñiren
ez ala ustean,
Fueroen ordez gaude
Lepotik katean;
Etxean gosea ta
kanpuan paluak
Ona Karlos'el eman
dizkigun fueroak.

Fueroak nai ba ditu
 Karlos'ek bakarrik,
 zergatik ez da egin
 oraindik juntarik?
 Zergatikan Karlos'ek
 ta onen lagunak
 etsaitzak dauzkakite
 Junta nai dutenak?

Ikusia daukagu,
 ez gera eroak,
 zertarako jaun oiek
 dituzten fueroak;
 Itzez fueroak eta
 Egia makillaz
 Baiña gu ez gabiltza
 Fuero oien billa.

Euskaldun agintari
 Guztien pagua
 ikusta en dan bezela
 oi da gaztelua;
 Gerra egin ondoren
 gure umeakin,
 pagatu nai gaituzte
 ostiko batekin.

Beltzak eta zuriak
 dira erausiak,
 elkar artu dezagun
 euskaldun guztiak;
 egiten degularik
 bizitza berria
 defenditu dezagun
 fueroen erria.

Pakea ta fueroen
 bandera zuria,
 ona emen anaiak
 beagun guztia;
 Karlos'ekin or daude
 gerra ta katea,
 emen libertadea,
 poza ta pakea.

Altxatzen bagerade
 guztiok batean
 pakea egiña da
 biharamonean;
 Fueroak izan eta
 gerra nai dutenak
 ez dira gure anai
 eta euskaldunak.

Lareun milla euskaldun
 guztiok bagera,
 milla baten beldurrez
 gu egongo gera?
 ez dira milla ere
 ez gaur euskaldunak
 beren probetxurako
 gerra nai dutenak.

Lots andia liteke
 Guk nairik pakea,
 lareun millak, millaren
 beldur izatea,
 kentzen dizkigutela
 senarrak, semeak,
 oiekin ipintzeko
 oñetan kateak.

Gerra egin diegu
eun milla gizoni,
ez diogu egingo
jende kaskar oni?
Oiek nai dute gerra
guk berriz pakea,
dudarik gabe da
pleitoa gurea.

Gerran asi bagiñan
ez ala ustean,
gerok buka dezagun
elkarren artean;
ez degu irteteko
gure gaitzetatik
pakearen bandera
billatzea baizik.

Juntak izan dirade
gure gurasoak,
oiekin giñan gu len
zorionekoak;
oiek defendituko
dituzte fueroak,
sendatzeko gerraren
ondoren gaiztoak.

Mundua arritu degu
gerra egitean,
arritu bear degu,
orobat pakean;

gai gera konpondurik
elkarren artean
bizitza ateratzeko
arkaitzen gañean.

Gerran azkarrak eta
pakean umillak,
beti izandu gera
euskaldun mutillak.
Ezin egin dutena
eun milla gizonen
egin oi du gurekin
alkatetxo batek.

Bear ditugu Juntak
eta alkateak,
lenengo lege zarrak,
uso costumbreak;
gure eskuan dago
oiek izatea,
ez da baizik guztiok
oju egitea.

Viva, viva pakea!
Ta viva fueroak,
Viva Muñagorri ta
au bezelakoak;
Goazen, billa dezagun,
Bandera zuria,
an aekituko degu
beagun guztia.

Estas estrofas, de no muy depurada poesía, son obra de algún vate popular del «Beterri» guipuzcoano que recibió la inspiración de Muñagorri y son, a la manera de las coplas de Mingo Revulgo, una crónica del estado de opinión que reinaba en el País. Muestra del estro poético popular vasco.

Cabe que en su composición colaborasen Iztueta y D. A. Pascual Iturriaga, autoridades en la incipiente literatura euskérica del momento.

Sabemos que Iturriaga fue gran amigo de Muñagorri y que estaba identificado con su plan como lo demuestra la estrofa que le dedicó en una de sus «solasak»:

«baiñan ez dezakegu iñoiz ezer egin
ez bagera unitzen gu elkarrekin.
Beltzak eta zuriak MUÑAGORRI'rekin
geldituko gerade bandera batekin».

La doctrina pacifista y foral de Muñagorri además de estar contenida en sus famosos bertso berriak era también sostenida por los elementos más influyentes de la Diputación y de la sociedad guipuzcoana y no fue invención de un aventurero como algunos han afirmado.

De todo ello trato con más extensión en el libro escrito en la lengua nativa de nuestro pueblo que lo tengo ya ultimado bajo el título:

«MUÑAGORRI ESKRIBAUZ: PAKEGILLE eta FUEROZALE» al que me he referido más arriba.

Este trabajo no es sino un anticipo de lo que reservo para la citada obra euskérica a la que doy preferencia a fin de demostrar su aptitud para tratar temas históricos y de otra índole que hasta ahora sus autores acostumbra publicar en su habitual idioma cilleresco.

He optado por seguir el ejemplo del benemérito historiador y castizo escritor donostiarra D. Ramón Inzagaray, quien publicó en la R.I.E.V. el año 1933 una breve pero original glosa titulada «MUÑAGORRIN KANTAK», a la memoria del famoso escribano guipuzcoano.

Sería imperdonable no hacer mención de dicho trabajo y dejar de citar a su autor con admiración y reconocimiento.

Tolosa, mayo 1975.